

Una lucha de clases para repartir la miseria

El Economista

01 de febrero de 2019

Con el pretexto de “atacar la desigualdad”, desde hace varios años algunas organizaciones han impulsado una cruzada internacional en contra de la riqueza. Pero es claro que atacar la riqueza no disminuye la pobreza, por el contrario, la “lucha de clases” que promueve este tipo de organizaciones profundiza las condiciones de miseria al destruir oportunidades para quienes más las necesitan.

Por ejemplo, la semana pasada, la agencia Oxfam publicó su estudio anual sobre desigualdad económica en el mundo. El problema es que hablar de desigualdad desvía nuestra atención del tema que es verdaderamente apremiante: la pobreza. Es fundamental enfatizar que desigualdad y pobreza no son la misma cosa y confundirlas es señal de gran pereza mental. Nuestra prioridad debe ser siempre erradicar la miseria.

Desigualdad

A pesar de que somos más de 7,000 millones de personas en el mundo, no existen dos seres humanos iguales. La desigualdad es condición humana y eso nos enriquece. El talento y la virtud se distribuyen de manera desigual. En todo caso, lo justo es asegurarnos de que exista igualdad ante la ley, no igualdad de resultados que dependen del esfuerzo y del capital humano de cada individuo.

Las personas somos seres complejos que proyectamos infinidad de dimensiones: desde lo más mundano, como la estatura, la fuerza física y el peso, hasta lo más trascendente como el talento, la actitud, la creatividad, el altruismo y la capacidad de trabajar en equipo, entre muchos otros valores que no compartimos con ninguna otra especie.

Para ser exitoso en cualquier actividad, lo trascendente siempre cuenta más que lo mundano. Por ejemplo, cualquier tenista sabe que lo que ha llevado a Roger Federer, Kei Nishikori, Rafael Nadal o Novak Djokovic a la cima de este deporte tiene mucho más que ver con la actitud, la fortaleza mental y la disciplina que con la estatura o la fuerza física.

De hecho, las capacidades físicas pueden llegar a ser irrelevantes, como nos demostró Stephen Hawking, quien a pesar de haber padecido una falta absoluta de movilidad, tuvo una de las mentes científicas más brillantes de los tiempos modernos. En cambio, las diferencias en las cualidades trascendentales, que no se relacionan con el mundo físico, llegan a ser exponenciales y de esta misma forma se distribuyen los frutos que obtienen las personas por sus labores. Entonces, ¿todos deben ganar lo mismo?

Regresando al tenis, consideremos la diferencia en los ingresos de un tenista profesional ubicado en el fondo del ranking mundial con los que obtienen los primeros cinco jugadores de la tabla: la gráfica de esta variable tiene una forma exponencial pero nadie en su sano juicio aconsejaría repartir los ingresos de Djokovic, Nadal y del Potro entre los tenistas que están hasta el fondo del ranking — ni los mismos tenistas “favorecidos” (o humillados) con esta propuesta lo aceptarían—.

¿Por qué entonces en las demás actividades humanas que no sean los deportes o las artes se ha propuesto una igualdad en ingresos? ¿Cuáles serían las consecuencias de una medida así?

Resulta que esto ya se ha intentado. A este experimento se le llama socialismo y fracasó rotundamente en Cuba, en Corea del Norte, en la Unión Soviética y más recientemente en Venezuela. Esta última nación cuenta con las mayores reservas petroleras del mundo y no obstante pasó de ser una de las más ricas del hemisferio a una de las más empobrecidas, gracias al afán estéril de “repartir la riqueza”, un esfuerzo que nos empobrece progresivamente. De tal forma que lo que se reparte a manos llenas en el socialismo no es la riqueza sino la miseria.

Pobreza

En contraste con la desigualdad, la pobreza es una situación terrible que debemos combatir con todo nuestro esfuerzo, recursos y creatividad a nuestro alcance. Las más recientes estadísticas nos dicen que casi 8% de la población en nuestro país enfrenta condiciones de pobreza extrema, es decir, no tienen los insumos básicos para subsistir: su ingreso es tan bajo que, si lo dedicaran por completo a la adquisición de alimentos, no alcanzarían los nutrientes necesarios para llevar una vida sana.

La pobreza es una condición que nos hunde, nos impide avanzar y nos arrebató toda dignidad humana. Es muy fácil y egoísta para un “intelectual” decir que la desigualdad es un problema equiparable a la pobreza porque seguramente nunca han experimentado esta brutal situación. Me llama mucho la atención que algunas organizaciones que se fundaron para atacar la pobreza hoy sólo busquen combatir los “molinos de viento” de la desigualdad.

La buena noticia es que en México es factible erradicar la pobreza extrema en una década. Para lograrlo, debemos esforzarnos y evitar desviarnos de nuestro objetivo con distracciones estériles generadas por una agenda que sólo es alimentada por la política de la envidia.

¿Cómo combatir la pobreza? Naturalmente, creando riqueza

Debemos comenzar aceptando que la riqueza no se puede repartir, la riqueza se debe crear. La historia nos demuestra que cuando los gobiernos se concentran en “distribuir la riqueza”, la destruyen y llevan a sus economías al colapso.

Por otro lado, la acumulación de capital es condición necesaria para llevar a los países al desarrollo, por lo que se debe fomentar, no inhibir. No hace muchos años, la economía mexicana era totalmente incapaz de generar ahorro interno, por lo que era adicta a los recursos externos.

Es imposible olvidar las consecuencias de ello: una sucesión de crisis terribles que arrasó con la poca riqueza financiera de millones de familias y empresas mexicanas —nunca lo olvidaré, porque la empresa que mi familia tardó tres generaciones en consolidar estuvo al borde de la bancarrota—.

¿Cómo se crea la riqueza?

La creación de riqueza tiene un ciclo:

1. Idea genial: alguien identifica una necesidad del mercado y tiene una idea excepcional de cómo satisfacerla haciendo uso de las tecnologías existentes. Después de muchos esfuerzos —diseños, patentes, registros de marca, elaboración de un plan de negocios, búsqueda de inversionistas y un largo etcétera— logra poner su idea en marcha a través de una empresa. Algunos emprendedores

logran capitalizar su idea, llevarla al mercado, beneficiar a sus clientes, crear empleos y hacerse ricos, otros desafortunadamente fracasarán —esto ocurre frecuentemente—. Fracasen o sean exitosos, la sociedad siempre se beneficia de los esfuerzos de innovación de los emprendedores.

2. Replicación y maduración: al ver el éxito de la idea genial del emprendedor original, cientos o quizá miles de otros empresarios alrededor del mundo tratarán de copiar esta idea y hacerle mejoras o “tropicalizarla”, lo que también beneficia a los clientes y genera oportunidades de empleo. Este nuevo producto —con todas sus variantes— se hace común, se crea toda una industria y conforme pasa el tiempo la competencia causa que los márgenes y el precio disminuyan, lo que beneficia aún más al consumidor —pensemos por ejemplo en el smartphone.

3. Disrupción: la nueva realidad del mercado poco a poco se normaliza... hasta que surge otra idea genial que nos lleva de nuevo a la etapa uno del ciclo, en un circuito incesante de creación de bienestar. En una colaboración próxima hablaré más detalladamente de este tema.

¿Qué entorno se requiere para crear riqueza?

Este círculo virtuoso de creación de riqueza requiere un entorno especial con algunos componentes indispensables, como:

Libertad de acción: esto permite a los emprendedores poner en práctica sus ideas porque sin acción no hay empresa. Para garantizar esta libertad de acción necesitamos que la regulación sea sencilla, que el marco fiscal sea razonable y eficiente, sin monopolios ni cárteles de la industria, ni condiciones privilegiadas de acceso al mercado, ni subsidios que beneficien a algunos pocos. Las políticas comerciales proteccionistas también limitan nuestra libertad de acción.

Acceso al capital: para poner en práctica sus ideas, un emprendedor requiere tener acceso al capital. El capital no tiene fronteras, por lo que para que los empresarios de un país tengan acceso al capital, es necesario que la economía donde operan ofrezca condiciones de estabilidad para los inversionistas —para ello también es importante no enfrentar la competencia desleal del gobierno en el acceso al mercado de capitales con incesantes emisiones de deuda para fines totalmente improductivos—. Desafortunadamente, en México el acceso al mercado de capitales sigue restringido a unos cuantos, lo que limita nuestras posibilidades de desarrollo.

Cambio cultural: ya he hablado ampliamente del cambio cultural que México necesita para convertirse en una economía desarrollada. Uno de sus componentes es el impulso de una Cultura Emprendedora. Tradicionalmente, los mexicanos somos poco tolerantes al riesgo. Sin una disposición a enfrentar la incertidumbre, es difícil que nos decidamos a crear empresas bien capitalizadas. Lamentablemente en nuestro país, los pocos que arriesgan todo para emprender no sólo carecen del más mínimo soporte, sino que además tienen que sobrellevar los increíbles obstáculos que les ponen enfrente nuestros “servidores públicos”. A los emprendedores se les debe proteger e incentivar, no atacar con impuestos y regulaciones excesivas que dificultan sus actividades. Desafortunadamente, al enfrentar un ambiente hostil, muchos emprendedores mexicanos han emigrado a otros países donde tienen libertad de acción, acceso al capital y no son constantemente acosados.

Entonces, lejos de promover la lucha de clases y “repartir la riqueza”, una misión destinada al fracaso, el mandato de los gobiernos debe ser preservar y reforzar las condiciones para su creación,

de modo que cada individuo pueda acceder a la prosperidad a través de su propio esfuerzo, dedicación y formación de capital humano.

La lucha de clases no genera prosperidad sino miseria. Lo que todos debemos exigir es igualdad ante la ley e igualdad de oportunidades, no de resultados. De lo contrario se elimina todo incentivo para alcanzar la excelencia, con lo que, en un entorno globalizado, nuestro país estaría destinado a la derrota.

Cuando las personas encuentran las condiciones para progresar, naturalmente buscarán generar una mayor riqueza, para ellos y para sus familias. Esto crea mayor prosperidad para el resto de la sociedad: un delicado círculo virtuoso que debemos cultivar.

<https://www.eleconomista.com.mx/opinion/Una-lucha-de-clases-para-repartir-la-miseria-20190201-0009.html>